

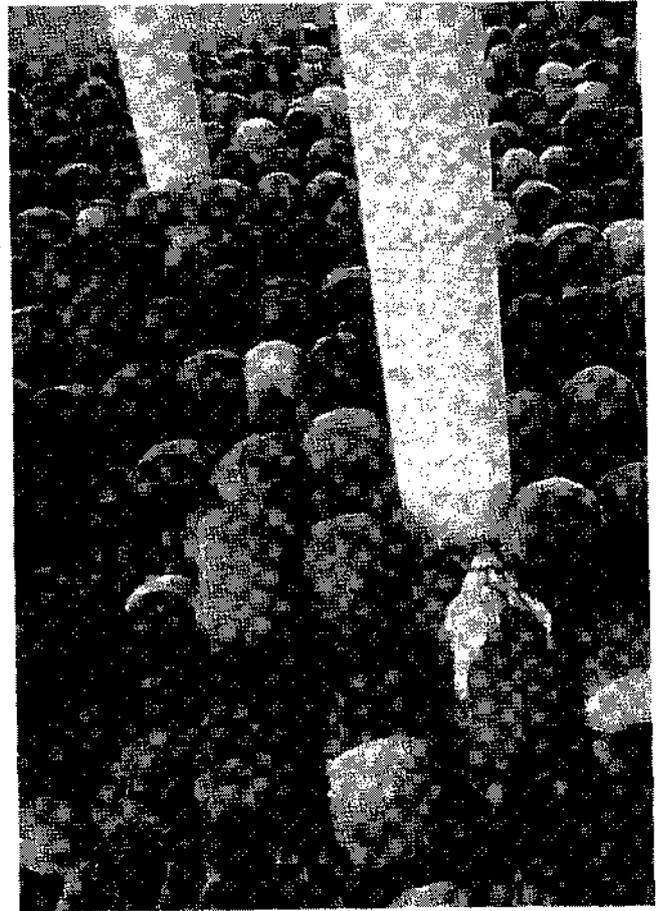
# Islam y Literatura árabe de hoy

PEDRO  
MARTINEZ  
MONTAVEZ

En su novela *Sanaá, ciudad abierta*, el escritor yemení Muham-mad Abdel-Wali (1940-1973) narra con una delicadeza y una sencillez poética admirables, no exentas de unos intensos toques de contenido naturalismo, el encuentro físico de dos amantes, el éxtasis de la unión: él es un adolescente que recita el Corán con bellísima voz, ella la esposa de un sexagenario. Precisamente el pasaje de la «azora de José» en el que la esposa de al-Aziz (el Putifer bíblico) se ofrece a aquél, es el acicate del turbador encuentro y traza con tanta discreción como emoción el íntimo escenario erótico. Es muy posible que una sensibilidad occidental, de comportamiento tan convencional como secularmente tópico cuando de hechos islámicos se trata, se siente muy sorprendida con la escena y no acierte a explicársela. Seguramente no está preparada para recibir con naturalidad esta tan contradictoria y osada, a su juicio, asociación, esa inesperada dimensión del elemento religioso islámico en una manifestación literaria.

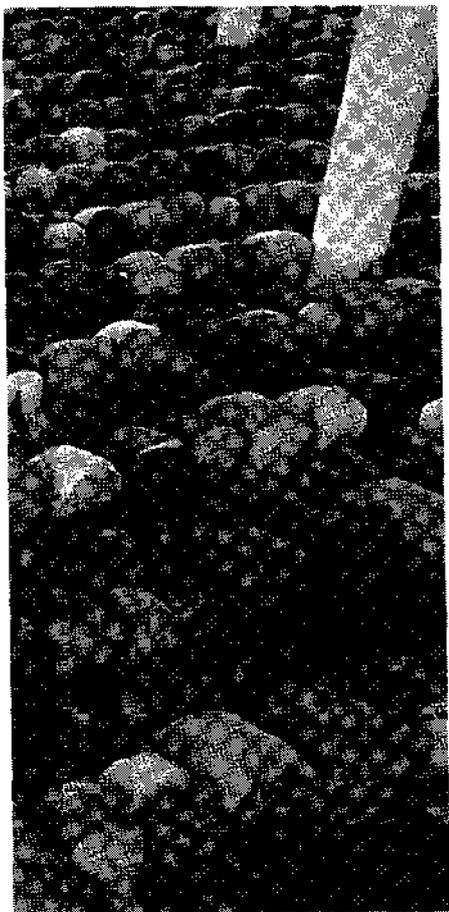
Es muy posible que todo ello se deba a nuestra inveterada rigidez conceptual cuando se trata de explicarnos hechos de esa cultura. Nos comportamos fundamentalmente, casi estrictamente, con ideas fijas e imágenes hechas, producto casi siempre del atavismo mental y psicológico y no de la simple observación y la neutra reflexión. Seguramente estamos predispuestos a encontrar solamente una determinada manera de presencia de lo religioso en la literatura, la manera que coincida precisamente con nuestras previsiones. Y todo lo que no caiga dentro de ese marco estereotipado de previsiones nos parecerá al menos inesperado y desconcertante. En el fondo, porque nos resultará muy difícil admitir que lo islámico esté de una forma tan natural e integrada en la literatura árabe como lo cristiano en las literaturas europeas, por ejemplo. Convendría advertirlo así desde un principio. En una literatura tan socializada como lo es la literatura árabe de nuestro tiempo, lo islámico será uno de esos elementos impregnantes y subyacentes naturales, genuinos, presentes sin necesidad de previa o alambicada justificación; es decir, presente por su propia condición y naturaleza. Sin ese componente natural y subyacente, la mayor parte de los hechos y circunstancias que allá ocurran, y en la literatura pertinentemente se reflejen, no resultaría en última instancia explicables, parecerían en gran medida ajenos. En el heterogéneo y variante escenario acumulado de una ciudad, en la que pulula toda una polifacética sociedad sometida a un urgente y convulso proceso de irrenunciable transformación, concurrirán múltiples elementos y circunstancias que permitan reflejar ese proceso. La novela *El terremoto*, por ejemplo, del escritor argelino en lengua árabe al-Táher Wattar (n. en 1936), resulta una excelente muestra de lo que decimos. En el marco de la Constantina que sigue siendo uno de los hogares nacionales principales del genuino islamismo del país magrebí, uno de sus marcos fundamentales de identidad, y que pasa ya del medio millón de habitantes cuando el autor sitúa en ella los acontecimientos del relato, se desarrollarán con plena cohe-

*Ideas fijas  
imágenes  
hechas*



### *Mensaje religioso*

renda las múltiples peripecias de una sociedad que se debate angustiada y esforzadamente, con tanta ilusión como duda, entre el pasado y el futuro. Mezquitas, zaguías, escuelas, puentes, plazas, calles, pululantes de gentes llegadas de los más lejanos confines del país, constituirán los silenciosos interlocutores, el telón de fondo no carente sin embargo de sentido, de ese indeciso y vulnerable burgués medio, el protagonista, que no sabe muy bien cómo transgredir la estricta legislación para conseguir la necesaria reforma agrícola que ha impuesto el nuevo régimen socialista y revolucionario, sin que la transgresión resulte evidente. Este individuo no podrá admitir fácilmente el seísmo que ha transformado la ciudad, su sociedad, su país, ni su concepción tradicionalista y acomodada del hecho religioso podrá aceptar lo que considera un atentado contra la propiedad privada, reconocida y garantizada nada menos que por el propio texto coránico. Lo que se debate en el fondo es la posibilidad de actualización de un mensaje religioso original reducido con el tiempo a práctica social y económica inalterable, a pesar de la injusticia parcial que ha generado. El formidable caleidoscopio urbano será el instrumento más adecuado para representar el caleidoscopio no menos formidable que las inevitables transformaciones sociales. En otra novela algo posterior el autor seguirá abordando el tema de las contradicciones profundas de la sociedad islámica —como de cualquier otra, en definitiva— y de las injusticias sociales y económicas que se perpetúan a lo largo de los siglos, como resultado de que el mensaje islámico no se aplica correctamente: «la historia no es sino lo que los enemigos victoriosos escriben sobre los rivales derrotados». En realidad, los principios e ideas fundamentales de una organización colectiva justa y equitativa, comparable al moderno socialismo, pueden encontrarse también en no pocos movimientos y tendencias producidas, y sofocados, en el mundo árabe islámico medieval.



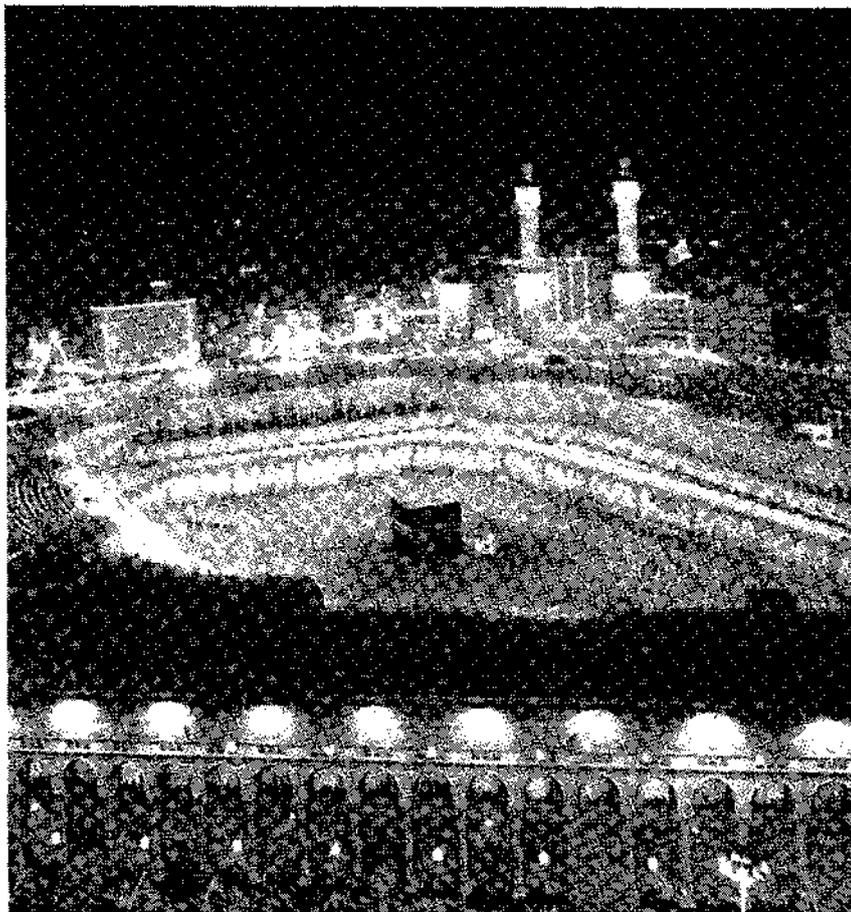
Naguib Mahfuz

Es, obviamente, una sociedad árabe islámica en profundo, convulso y apremiante proceso de transformación la que de forma muy mayoritaria se refleja en la literatura. Pero como todo ello resulta propio y pertinente, repetimos, natural, no existe razón alguna para que adquiriera rasgos anormales o extravagantes. Está en la misma dinámica de los hechos y de las circunstancias históricas que se viven. En tales términos, por consiguiente, si la obra del egipcio y aún reciente Premio Nobel Naguib Mahfuz (1912) se impone indudablemente como la más representativa, genéricamente, de la literatura árabe contemporánea, también estará dotada de esa preeminente representatividad en el aspecto que aquí, suscintamente, suscitamos. Ese auténtico «ombligo del mundo» que es la prodigiosa ciudad de El Cairo en la obra mahfuzí se comporta, al respecto, de manera ejemplarmente aclaratoria e ilustrativa. Quizá una lectura rápida y poco atenta de la extensa producción narrativa del autor nos permite valorar adecuadamente la entidad que el subyacente e integrado factor religioso islámico adquiere en ella. Situada en el contexto natural que le corresponde, sin embargo, la reflexión sobre la región, y en conjunto sobre el hecho espiritual, posee en Mahfuz un rango no inferior al que brinda su sustancial reflexión sobre la libertad, la ciencia o la democracia. Se trata en realidad de profundas y permanentes preocupaciones, orgánicas y trabadas entre sí, que caracterizan el mundo de Mahfuz. Como ha observado algún crítico compatriota del autor, religión y ciencia se plasman en su obra como vías de solución, parcial al menos, de lo que a Mahfuz le inquieta y obsesiona realmente: el drama del hombre, situado en el mundo que no está definitivamente bien hecho. Practicando el realismo lineal o el metafórico, en Mahfuz prevalecerá siempre la visión, en gran medida conciliatoria, del escritor hondamente preocupado por la cuestión moral y el comportamiento del individuo, al que concibe desde una óptica claramente vinculada a la tradicional religiosa, pues es «esa

*El Cairo  
ombligo  
del mundo*

## *Inspiración coránica*

mezcla de debilidad y de fuerza, de bien y de mal, de estupidez e inteligencia, que merece en la misma medida que merece el castigo». Cabe proporcionar al respecto numerosas comprobaciones y referencias, de muy variada índole además. Influencias parciales, por ejemplo, rasgos de inspiración en determinados aspectos de la doctrina coránica, de su trama conceptual e ideológica, o hasta cierta especie de préstamos del mismo estilo literario del texto y algunos de sus más genuinos y acrisolados recursos, es evidente que cabe encontrar en obras tan densas y significativas de la producción del autor como son *Hijos de nuestro barrio* o *La epopeya de los «compinches»*. Afinidades que no son únicas, y que se producen junto a otras muy diferentes, correspondientes a su vez al riquísimo patrimonio literario y artístico árabe islámico. Oponiéndose a la visión bastante consolidada de Mafhuz, por parte de la crítica, como «escritor netamente materialista», algunos otros estudiosos de su obra se han propuesto encontrar en ésta una importante carga de espiritualidad, inscribiéndola en su contexto islámico consustancial. El libro de Muhammad Hasan Abdallah, que vertebra su extenso estudio a través de los principales personajes tanto de las novelas como de los cuentos del autor, resulta seguramente una de las más notables aportaciones del respecto. Seguramente, los «héroes» mahfu-zíes de la primera época expresan un sentimiento más positivo, en conjunto, del hecho religioso, y aunque esos personajes se vayan configurando cada vez más claramente en su producción como seres sumamente vulnerables y casi inermes, dentro del universo en proceso de desmoronamiento que refleja la obra de Mafhuz, no podrá llegar a afirmarse que «la religión resulte responsable de los bruscos cambios impulsivos de la debilidad humana». Posiblemente subyace aquí el polémico tema de la posibilidad o no de la «rebeldía», como alternativa a la divinidad, en e) pensamiento y en el arte islámicos. Seguramente ese «héroe» típicamente occidental que «existe por-



que es rebelde» —recordemos a Camus, por ejemplo— no encuentra definitivamente acomodo en el mundo de Mahfuz. La presencia del hecho islámico, pues, en la literatura árabe de hoy, desde el simple reflejo descriptivo hasta la problemática más profunda y subyacente, es un fenómeno inabarcable y polifacético. Aparte las rápidas referencias indicativas que aquí se han proporcionado, trazar un elenco mínimamente suficiente exigiría una extensión a todas luces imposible. Cabe sin embargo efectuar algún que otro apunte sugerente. Recordar, por ejemplo, cómo un escritor de marcado cuño progresista como el egipcio Mus-tafa Mahmud (1921) ha experimentado una quizá sorprendente «reconversión» que le llevará a un «neoislamismo» plenamente tradicional, integral y purificado, que le permitirá «recuperar la inocencia». Su compatriota Yú-suf Idrís (1927), por el contrario, seguirá manteniendo una postura claramente hostil a actitudes y comportamientos religiosos que considera claramente reaccionarios. Por su parte, uno de los narradores más originales e inquietantes del panorama árabe actual, el sudanés al-Tayyib Saleh (1929), cuya lectura resulta sin duda especialmente grata y recomendable para antropólogos y sociólogos, recrea con extraordinario acierto el fantástico y flexible universo del sufismo popular. Y esa recreación del patrimonio místico islámico, proponiéndose una poética bilingüe y nómada de lo heterogéneo, da sentido también a la obra franco-árabe del tunecino Abdel-Wahhab Meddeb (1946).

El interés por afianzar nuevas presencias de lo islámico, o encontrarle una dimensión que hasta ahora había pasado tal vez relativamente desapercibida, quizá por la evidente mayoría de árabes cristianos entre los emigrantes, es claramente observable en el recientísimo librito del marroquí Muham-mad Larbi Mesari sobre la literatura del *Mahyar*, es decir, de los emigrados o residentes en diversos países de América. Esta reciente contribución de Larbi Mesari, preferentemente expositiva, sirve también para volver a comprobar como entre aquellas comunidades de emigrantes definitivamente integrados en sus países de adopción, pero que trataron de mantener también el recuerdo de sus raíces y, en la medida de lo posible, sus originales señas de identidad, la diferencia religiosa entre árabes cristianos y árabes musulmanes no significó durante bastante tiempo obstáculo infranqueable para sentir con entusiasmo fervoroso su condición de árabes, que con frecuencia encontró su máximo exponente de gloria y de orgullo nacional en la rememoración de los fastos andalusíes.

La renovada colaboración connotativa islámica aparece, con poderación y acierto, hasta en manifestaciones de autores sólidamente innovadores y que representan algunas de las tendencias más actuales y características de la literatura árabe actual, tanto en lo estético como en lo ideológico. Por ejemplo, en el poeta palestino Mahmud Darwish (1942), figura señera donde las haya de la lírica árabe de nuestro tiempo. El breve discurso de Darwish en el recientísimo Congreso internacional poético celebrado en El Cairo, y en el que afirmó, entre otras cosas, «que el almimbar de la poesía en Egipto es el mejor de los alminares sobre el cual alzar la oración de la paz», parece una expresión afortunada y oportuna. Lástima sin embargo es que la metáfora encuentre tan pocos oídos atentos y dispuestos a escuchar la trascendencia del mensaje.

*Posiciones  
encontradas*

*Nuevas  
presencias de  
lo Islámico*

*Lírica actual*